

D. José Toribio Polo

Ha muerto el más estricto representante de la tradicional erudición peruana. Sin los méritos artísticos y la risueña imaginación de D. Ricardo Palma, sin la universalidad de conocimientos filológicos y el afán de ambiciosas y deslumbradoras hipótesis del doctor D. Pablo Patrón, fué D. José Toribio Polo el fiel y genuino continuador de nuestros historiógrafos coloniales; y como a éstos, lo atrajeron de preferencia las antigüedades eclesiásticas. No sólo por el favorito asunto de sus estudios, y por su estilo y métodos, sino hasta por muchos rasgos de su carácter, un tanto desconfiado y quisquilloso, se parecía al Licenciado Alonso de la Cueva, el cronista del Arzobispado en la primera mitad del siglo XVIII. Y si no llegó a recibir las órdenes y a entrar en la iglesia, como su predecesor del Virreinato, a lo menos Polo frecuentó siempre con amor los anexos y dependencias de nuestras catedrales criollas, y como él, gastó buena parte de su vida entre los severos infolios de las bibliotecas episcopales y el ambiente polvoroso de los archivos diocesanos.

Su origen lo destinaba a tales predilecciones. Nació de una familia muy devota y sacerdotal. Era próximo deudo de aquel extravagante cura de Cajamarca, D. Antonio Polo y Caso, que a fines de la dominación española fué perseguido y despojado de su parroquia por haber sostenido tenazmente opiniones singulares sobre los preceptos de la abstinencia y el ayuno, según lo recuerdan folletos impresos en 1813 y 14. El padre de D. José Toribio era en Ica maestro de Latinidad y Notario Eclesiástico. El hermano mayor fué párroco de Nazca y Obispo de Ayacucho, asesinado por los indios de Huanta en 1893. A la sombra de este su virtuoso hermano, que procuraba inclinarlo a la carrera del sacerdocio, estudió Polo filosofía escolástica e historia de la Iglesia; y luego siguió en Lima varios cursos del Seminario de Santo Toribio.

Decidido ya por la vida seglar y dedicado a las tareas del profesorado, inició sus publicaciones en 1862, con el *Parnaso Peruano*, repertorio de poesías nacionales antiguas y modernas, precedido de una breve introducción crítica y provisto de notas biográficas. Proyectaba editar esta colección de historia literaria en varios volúmenes, y reservar el último para yaravíes, huaynos, y otros cantos populares en castellano y quechua; pero se quedó en el tomo primero. Fué obra desdichada, más aún que por interrumpida, por falta de buen gusto y criterio; y quien hoy la hojea, necesita gran esfuerzo de benevolencia para no reírse de las ingenuidades y rarezas de este fruto en agraz. Verdad es que el discernimiento estético ha sido escaso en el Perú de todos los tiempos, por falta de apropiada cultura, o sobra de indulgencia y distracción, y escasísimo dondequiera entre los meros eruditos; pero nuestro D. José Toribio, en estas sus primicias, llegó a increíbles extremos. Reputaba a D. Pedro Peralta como al iniciador del arte libre y espontáneo en nuestro país, al enemigo de la afectación místico-erudita, "al que infundió vida en la poesía y la despojó de las inepticias del estilo". Elogio tan desacertado, que sólo pudo formularlo igual la fraterna ofuscación del antiguo Obispo de Buenos Aires, fray José Peralta, en su culterana época, tan pródiga en encarecimientos e hipérbolos. Después de topar con tal concepto, sorprende algo menos que Polo admire la *corrección y energía* de las pobres composiciones de Olavide; y que a la vulgarísima y chabacana vena de D. Bernardino Ruiz, la más abatida en el prosaísmo del siglo XVIII, le discierna el honor de la purificación de la literatura peruana, y sospeche que en otro medio hubiera alcanzado a rivalizar con Hojeda, Valbuena y Ercilla. Más con todo, sobrecoje que entre los espectáculos sublimes de la naturaleza, fuentes de inspiración para los poetas románticos del siglo XIX, al lado de los volcanes y los caudalosos ríos, las flores y las selvas tropicales, el oro y los metales andinos, coloque ¡oh pasmo! el huano de las islas de Chincha.

Apesar de su indiscreta admiración por Peralta, no principia con él la antología, ni tampoco con Olavide (de cuya languidez de estro, que entre muchas alabanzas reconoce, acusa a las cárceles inquisitoriales), sino con el ya mencionado D. Bernardino Ruiz. Este su preferido poeta, a quien irreverentemente compara con Meléndez, fué un maestro de párvulos y administrador de la Real Imprenta de Expósitos, que en la bonachona edad del reinado de Carlos IV, en la cándida y casera Lima

de los gobiernos de Croix, Gil de Taboada y Avilés, obtuvo ciertos visos de vate oficial, latino y castellano, digno contemporáneo y émulo en trivialidades rimadas de los Montengón, Pichó y Rabadán de la España de entonces. Fué colaborador del antiguo *Mercurio*, con el pseudónimo de *Anticiro*; aunque, cuando la extinción de la revista, compuso el epitafio satírico de ella, en un deslabazado soneto, de los que solía escribir (1). Por más que nuestro actual *Mercurio* sea en muchas cosas inferior al antiguo, en versos cuando menos le ha de llevar ventaja.

Este buen D. Bernardino Ruíz fué el que, al llorar la muerte del limeño Morales Duárez, Presidente de las Cortes de Cádiz, remató su elegía con la siguiente preciosidad:

Honor de los mortales,

Al ilustre, ¡ay de mí!, señor Morales.

Del mismo género son las poesías a los nacimientos de los Infantes, las endechas a la defunción de Carlos III, la fábula contra los conspiradores patriotas de Lima, las letrillas contra los *serviles*, sobre las corridas de toros y otras ramplonerías, y las seguidillas en que, por imponderable absurdo métrico, le ocurrió cantar sucesos tan graves como la guerra de la Independencia española y la pacificación del Perú bajo Abascal.

Guardaba estos escritos celosamente, y se los transmitió como inestimable tesoro a Polo, el Sr. D. Manuel Ferreyros, discípulo muy querido de Ruíz, y segundo de los versificadores q' en aquella antología figuran: político de fama, Presidente del Congreso de Huancayo, Ministro de Estado y Plenipotenciario en varias ocasiones, y al fin Director General de Estudios en la República; pero medianísimo literato e infeliz poeta; uno de esos altisonantes personajes de los años 30 y 40, que se nos aparecen en sus retratos, agarrotados por el tremendo corbatín, rígida la fisonomía por la inspiración de las campanudas doctrinas. De igual tipo son los otros dos autores cuya vida y rimas principales pone a continuación Polo: los arequipeños D. Miguel del Carpio y D. José María Pérez, que se distinguieron en la agitada política del Perú a mediados del último siglo.

Por estos años de su mocedad, Polo, no obstante las influencias clericales de su educación, a las que después retornó, se muestra un tanto imbuído en el liberalismo ambiente, y no de-

(1) El único soneto aceptable y sentido que hay en esta colección y que es uno de tema piadoso, «Al Redentor Crucificado», se lo concede Polo caprichosamente a D. Bernardino Ruiz, pues en *El Mercurio* lo firma *El Nuevo Agustino*, pseudónimo que no consta corresponder al referido.

ja de repetir de coro las antífonas contra el obscurantismo y el *pasado inquisitorial*, y en loor de la *causa santa de la democracia*. Dichas ideas determinan las veladas censuras y los reparos que apunta en la nota biográfica del conservador Carpio; pero lo malo del caso es que la literatura viene en fin de cuentas a pagar los escrúpulos de principios, pues en compensación el recopilador les atribuye a Carpio y al vivanquista Pérez, soñadas excelencias poéticas, que ni con la mayor complacencia imaginable se pueden descubrir. Hubo en el José Toribio Polo joven, tendencias que no sospecharía quien lo conociera únicamente por su madurez. Ya es extraño verlo comenzar su carrera por un ensayo de crítica literaria, aunque sea equivocado. Su indulgencia iba hasta el punto de que no vacilaba en afirmar de cualquiera de aquellos modestos aficionados a la versificación, cuyos borrones recogía con fervor devotísimo: "Su lira es la de Ovidio, Tibulo y Propercio, transportada del Tíber al Rímac." No hay duda que con tan largo viaje en tiempo y espacio, la áurea lira latina nos llegó acá estropeadísima, desvencijada y ronca. Acerca de los defectos de la vieja escuela erudita, opinaba con laudable suavidad: "Los antiguos eruditos agotaban las fuerzas del espíritu en polémicas ruidosas y perpetuas". Algún tributo rindió después a lo mismo que entonces censuraba. ¿No será acaso dura ley de la vida que todas las generaciones comiencen por acusar a sus antecesores, y acaben procediendo del mismo modo que ellos?

Injusto e impropio de las circunstancias sería que me detuviera más en la prematura y acelerada obra primogénita de Polo; pero no debía omitirla en este artículo. Fuera de las razones de puntualidad y cronología, conviene rememorarla como aliento y augurio para lo porvenir, que con tanta frecuencia repite lo pasado. Cuando vemos que rimas tan mediocres lograron despertar el juvenil entusiasmo de un investigador de vocación, quien las recogió y presentó como textos clásicos, no desesperemos de que, andando los tiempos, algún anticuario de la literatura exhume las producciones de nuestros ingenios de hoy y les dé así nombradía póstuma. Los eruditos hallan interesante todo lo viejo, sólo por serlo; y la imprenta tiene un poder de conservación espantable. (1).

El segundo estudio que conozco de D. José Toribio Polo lleva por título *Apuntes Biográficos del Doctor Don Toribio*

(1) Se hizo una segunda edición de las primeras entregas de este Parnaso en 1883.

Rodríguez, y se publicó por el mes de Septiembre de 1864 en varios números del antiguo periódico "El Tiempo". Es por de contado mejor que el *Parnaso*. Aunque bastante seco y no exento de ciertos errores (2), ofrece positiva utilidad para la historia intelectual peruana. Sus datos nos presentan la imagen de aquel atezado clérigo, natural de Chachapoyas, filósofo sensualista, canónigo sospechoso de heterodoxia por sus propensiones regalistas y galicanas, reformador de la enseñanza en el Convictorio de San Carlos de Lima y maestro de casi todos los hombres de nuestra Independencia. Con testimonios de sus contemporáneos y discípulos, nos lo pinta o nos lo sugiere en sus características actitudes: ora infatigable estudioso, tendido en un tapiz, entre montañas de libros, revolviendo los tomos de Febronio y Gassendi, de Voltaire y la Enciclopedia, Grocio y Rousseau, cuyas doctrinas difundió en el Perú; ora político teórico de tranquila audacia, preconizando entre el escándalo de sus propios alumnos, los diputados del primer Congreso Constituyente, la absoluta libertad de cultos y la abolición de los conventos y del celibato eclesiástico; ora, en fin, cuando los inevitables desengaños de la realidad y las vicisitudes de la revolución separatista lo agobiaban en la vejez, consolándose con la lectura y la vida del campo, en su modesta quinta de *La Muñoz*, junto a Amancaes. Estos apuntes de Polo y su bibliografía final han de servir mucho a quien emprenda la biografía del reformador de nuestra enseñanza universitaria en el siglo XVIII.

Al propio tiempo que los anteriores ensayos, Polo reunía los materiales para la historia de la Iglesia Peruana, principal tarea de su vida. En *El Ciudadano*, periódico que editó en Huaraz hacia 1871, publicó por primera vez sus *Apuntes sobre los Obispos de Arequipa*, que reprodujo y amplió en el diario limeño *La Sociedad* (Noviembre de 1871) y en el tomo X de los *Documentos Literarios* de Odriozola (1877). Los *Apuntes sobre Trujillo y sus Obispos* y una breve monografía sobre *Las Momias de los Incas* se incluyeron el tomo XI de dicha colección de Odriozola. Sobre cuestiones de la historia eclesiástica arequipeña, sostuvo el mismo año de 1877 una corta y serena discusión con D. Mariano A. Cateriano. No lo fué tanto la críti-

(1) Como la confusión entre el escritor D. José Baquijano, tercer Conde de Vistaflorida y Presidente de los *Amantes del País*, (editores del antiguo *Mercurio*) con su sobrino y heredero D. Manuel Salazar y Baquijano, encargado varias veces del Poder Ejecutivo en la República.

ca que por esos días emprendió contra el *Diccionario Histórico* del General Mendiburu, a medida que los tomos de éste iban apareciendo. Sus observaciones, muy aprovechables pero sobrado descontentadizas, están reunidas en un folleto (*Historia Nacional*, 1891). El encarnizamiento en la impugnación, la prolijidad, la nimia insistencia en los pormenores, eran en él, como otras tantas cosas, herencia de los antiguos eruditos españoles del siglo XVIII. Inevitablemente nos trae a la memoria el *Antiteatro Crítico* de D. Salvador José Mañer.

En los inmediatos años anteriores a la guerra, colaboró en la excelente *Revista Peruana* y otras; y es de recordar, entre los artículos que publicó en la primera, el dedicado al curioso escritor cuzqueño de la Colonia, fray Antonio Garro, autor de un anónimo *Planctus Indorum*. Cuando la ocupación chilena, Polo se expatrió voluntariamente a Panamá; y allí escribió con asiduidad en el periódico *El Canal*, en defensa de la causa peruana. De regreso a Lima, en 1884, fué por algún tiempo Subdirector de la reconstituída Biblioteca Nacional y el Archivo Público; pero su genio exigente y puntilloso lo hizo dimitir en breve. Poco después, dirigió la *Revista Americana* (1892); empeñó una polémica con D. Eugenio Larrabure sobre la autenticidad de los restos de Pizarro; y editó las Memorias de los Virreyes Marqués de Mancera y Conde de Salvatierra (1896). La Sociedad Geográfica, que comenzaba entonces con tanto brío, lo contó entre sus socios fundadores. Para ella redactó la *Sinopsis de los Temblores y Volcanes del Perú* (1899), estudió muy cuidadoso y bastante completo, con adiciones de relatos raros o inéditos. Enseguida corrigió y publicó su monografía sobre *La Piedra de Chavín* (1900), que ya había aparecido ocho años antes en la *Revista Americana* y que está recargada con fantasías etnográficas y arriesgadas conjeturas por el estilo de las de Patrón; y compuso la de *Los Uros del Perú y Bolivia* (1901), que, no obstante algunas etimologías peregrinas y arbitrarias, es para mí la mejor de todas las suyas conocidas. Sus últimos estudios aparecieron en la *Revista Histórica*, órgano del Instituto Histórico, cuyo Secretario fué. Son particularmente muy de apreciar los artículos que en dicha Revista dedicó a los antiguos escritores religiosos Fray Luis Jerónimo de Oré (tomo II) y el Jesuíta Juan Pérez de Menacho (tomo III), al Inca Garcilaso (tomo I) y a Blas Valera (tomo II). Tuve la satisfacción de que mis juicios (salvo insignificantes particularidades), coincidieran con los suyos al apreciar la efectiva originalidad de los

dos últimos autores mencionados, en oposición a las extrañas hipótesis sustentadas por González de la Rosa. Pero en mi ensayo sobre Mendiburu se me deslizó cierto epíteto hartamente vehemente contra una insinuación de plagio que había formulado Polo en su recordado folleto crítico. Confieso que me impacienta y me enoja el prurito de negar sin fundamento los méritos reales de nuestros escritores; que por esos días empujaba a González de la Rosa a acusar de plagiarios a Garcilaso, Olavide y García Calderón. Reconozco que contra la velada acusación de Polo me excedí de lo justo. Mi calificación lo lastimó; y se quejó de ella sentidamente en un breve artículo que insertó "La Prensa" el año de 1910. Mi respeto a la ancianidad, que creo una de las virtudes primarias de todo hombre decente, me movió a retractar la forma de mis aserción, aunque la verdad me obligó a reiterar, en mejor tono, el fondo. Después de esta réplica mía, que me parece que agradeció con toda sinceridad, lo conocí personalmente; y conversé con él muchas veces en la Sociedad Geográfica. El trato disipó nuestros recíprocos prejuicios, y simpatizamos. El, sin duda, me había imaginado un mozo presumido e intolerante. Yo lo suponía un dómine hosco, acerbo y erizado. Y era en realidad un viejecito amable, muy bajito, flaco y pulcro, de ademanes ágiles, de modales muy atentos, viva la mirada tras los grandes lentes, de conversación atinada y amena. Como anciano, se complacía en narrar anécdotas y recuerdos, y le halagaba que lo escucharan. Casi todas las tardes, leve como una sombra, su diminuta figura se escurría bajo las húmedas arcadas conventuales del patio de la Biblioteca y subía la lóbrega escalera que conduce al local de la Sociedad Geográfica. En el verano de 1916, acostumbraba yo ir allí a buscar ciertos papeles.. Cuando me veía atareado, suspendía la charla con tacto de veterano escudriñador, por no interrumpirme, y se ponía a hojear libros y periódicos con experta viveza. Si acaso le preguntaba yo por sus estudios inéditos o solicitaba de él un preciso dato bibliográfico, se alarmaba, daba ingenuas muestras de azoramiento y con su proverbial cautela en tales ocasiones, aparentaba distracción u olvido, o torcía la conversación hacia mil incidentes, para no absolver la consulta. Era esta su manía de erudito viejo, tal vez justamente escarmentado. Ya no trabajaba. Se sentía desilusionado y fatigado, y padecía de manchas volantes en la vista. Por consiguiente, muy poco pudo hacer en sus últimos años. Pero las notas, apuntaciones y copias que con incomparable tesón reunió durante su vida, deben de formar un inmen-

so caudal; y es preciso que se inventaríen y publiquen sin demora, para que no se evaporen en su mejor parte, según ha sido la triste suerte de las de Barranca y Cipriano Coronel Zegarra.

Su quieta existencia semieclesiástica, de paleógrafo y archivero, fué en nuestro país una de las más cabales realizaciones del lema benedictino: *in angello cum libello* (en un rincón con un libro). Para él, como para muchos, la curiosidad erudita, ya importante, ya fútil, fué lo que para otros son las restantes ficciones humanas, desde el juego y la ambición hasta la poesía y el arte: un intento de colmar el tedioso vacío que toda conciencia, alta o humilde, encierra. Y quizá si en su modestia acertó con el mejor camino.

Yo, que por invadir a veces el campo de la erudición, me sentía ligado a Polo por aficiones comunes, y que lo traté y aprecié en sus postreros días, quiero dedicar a su memoria el amistoso recuerdo de estas líneas, en que he pretendido trazar su bosquejo, sin la hueca y mendaz vulgaridad de los elogios convencionales.

JOSE DE LA RIVA AGUERO.